

Robert Louis Stevenson

Secuestrado

Memorias de las aventuras de David
Balfour en el año 1751

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Kidnapped: Being Memoirs of the
Adventures of David Balfour in the Year 1751*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiasen, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-301-6

Depósito legal: M. 4.928-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Dedicatoria
- 13 1. Parto de viaje a la casa de Shaws
- 20 2. Llego al final de mi viaje
- 28 3. Conozco a mi tío
- 38 4. Corro un gran peligro en la casa de Shaws
- 49 5. Voy a Queensferry
- 58 6. Lo que sucedió en Queensferry
- 65 7. Me hago a la mar en el bergantín *Covenant*, de
Dysart
- 75 8. La chupeta
- 82 9. El hombre del cinturón del oro
- 95 10. El asedio de la chupeta
- 105 11. El capitán cede
- 112 12. Oigo hablar del «Zorro Rojo»
- 125 13. La pérdida del bergantín
- 133 14. El islote
- 146 15. El muchacho del botón de plata: por la isla de
Mull
- 158 16. El muchacho del botón de plata: por Morven
- 169 17. La muerte del Zorro Rojo
- 177 18. Hablo con Alan en el bosque de Lettermore
- 188 19. La casa del pánico
- 197 20. La huida por los brezales: las rocas

- 209 21. La huida por los brezales: la hendidura de
Corrynakiegh
- 219 22. La huida por los brezales: el páramo
- 230 23. La jaula de Cluny
- 242 24. La huida por los brezales: la discusión
- 256 25. En Balquhidder
- 266 26. El final de la huida: cruzamos el Forth
- 281 27. Veo al señor Rankeillor
- 292 28. Voy en busca de mi herencia
- 302 29. Entro en mi reino
- 311 30. ¡Adiós!

Dedicatoria

Mi querido Charles Baxter¹:

Si alguna vez llegas a leer este relato, es probable que te hagas más preguntas de las que me nace contestar: por ejemplo, cómo es que el asesinato de Appin ha terminado sucediendo en el año 1751, cómo es que las rocas de Torran se han movido tan cerca de Earraid, o por qué los papeles del juicio guardan silencio sobre todo lo concerniente a David Balfour. Son enigmas que no me siento capaz de resolver. Sin embargo, si me pusieras a prueba en la cuestión de si Alan es culpable o inocente, creo que podría defender la interpretación que hace el texto. Aún hoy en día persiste en Appin la tradición de estar a favor de Alan. Si preguntas, hasta te enterarás de que los descendientes del «otro hombre» que disparó siguen viviendo allí. Ahora bien, del nombre de ese otro hombre, por

1. Abogado e íntimo amigo de Stevenson desde sus días de estudiantes en la Universidad de Edimburgo.

mucho que preguntes, no te enterarás, pues el habitante de las Highlands² de Escocia valora un secreto por sí mismo y por lo agradable de guardarlo. Podría extenderme mucho justificando algún punto y reconociendo la imposibilidad de defender algún otro, pero más vale que confiese de inmediato las pocas ganas que tengo de ser preciso. Este libro no está hecho para la biblioteca del erudito, sino para las noches de invierno en el aula, cuando se han terminado los deberes y se acerca la hora de acostarse; y el honrado Alan, que en sus tiempos fue un viejo y adusto pendenciero, no tiene en esta nueva encarnación suya más propósito que el de distraer a algún alumno de su estudio de Ovidio, transportarle un rato a las Highlands en el siglo pasado y luego meterlo en la cama con algunas imágenes interesantes en la cabeza que se mezclen con sus sueños.

A ti, mi querido Charles, ni siquiera te pido que te guste este relato. Pero tal vez a tu hijo sí le guste cuando sea más mayor, y entonces puede que le agrade ver el nombre de su padre en la guarda; entretanto, a mí me complace ponerlo ahí en recuerdo de tantos días felices y de algunos tristes (quizá ahora igual de agradables de recordar). Si a mí me resulta extraño rememorar desde la distancia tanto temporal como espacial aquellas aventuras de nuestra juventud, debe de resultarte aún más extraño a ti, que caminas por las mismas calles y que tal vez mañana abras la puerta de la vieja «Sociedad Especulativa»³

2. Las tierras altas de Escocia en que transcurre la novela.

3. Un club de debate para estudiantes de la Universidad de Edimburgo al que pertenecieron Stevenson y Baxter.

en la que compartimos honores con Scott, Robert Emmet y el querido y desconocido Macbean, o puede que pases por la esquina del callejón en que esa gran asociación, la «L.J.R.»⁴, celebraba sus reuniones y bebía cerveza, sentados en los mismos asientos que Burns y sus compañeros. Me parece verte andando a plena luz del día por ahí y contemplando con tus propios ojos esos lugares que para mí ya forman parte del escenario de los sueños. ¡Cómo, en tus horas de asueto, debe de resonar el pasado en tu recuerdo! Que no resuene mucho sin que pienses en tu amigo que te aprecia,

R. L. S.

Skerryvore, Bournemouth

4. Otro club, éste de carácter informal, formado por Stevenson, su primo y unos cuantos amigos entre los que se incluía Baxter, que se reunían en un pub de un callejón. Robert Burns es un célebre poeta escocés.

1. Parto de viaje a la casa de Shaws

Doy inicio a la historia de mis aventuras cierta mañana de principios de junio del año de gracia de 1751 en que saqué por última vez la llave de la puerta de casa de mi padre. El sol empezaba a brillar sobre la cumbre de las colinas mientras yo bajaba por el camino, y, cuando ya me acercaba a la casa del clérigo, los mirlos silbaban en los lilos del jardín y la neblina que cubría el valle al amanecer comenzaba a levantarse y desaparecer.

El señor Campbell, el pastor de Essendean, me esperaba junto a la verja. El buen hombre me preguntó si había desayunado, y una vez que supo que no me faltaba de nada, me cogió una mano entre las suyas y con afecto se la pasó por el brazo.

—Bien, Davie, muchacho —dijo—, te voy a acompañar hasta el vado para despedirte.

Y echamos a andar en silencio.

—¿Te da pena marcharte de Essendean? —me preguntó al poco.

—Bueno, señor —dije—, si supiera adónde iba, o lo que pueda ser de mí, le podría contestar sinceramente. Desde luego, Essendean es muy buen lugar y he sido muy feliz aquí, pero es que nunca he estado en ningún otro sitio. Como mis padres ya han fallecido, no voy a estar más cerca de ellos en Essendean que en el reino de Hungría, y, a decir verdad, si pensara que iba a tener ocasión de prosperar allí donde fuese, iría de muy buen grado.

—Muy bien, Davie —dijo el señor Campbell—, entonces me corresponde a mí contarte lo que te va a deparar la suerte, al menos hasta donde me sea posible. Después de que tu madre nos dejara, y tu padre (hombre tan honorable y cristiano) empezase a enfermar del mal que lo llevó a la muerte, él me encomendó una carta que dijo que era tu herencia. «En cuanto yo no esté —me pidió—, y se disponga de todo lo de la casa y quede vacía (todo lo cual ya está hecho, Davie), entréguele esta carta a mi chico y envíelo a la casa de Shaws, cerca de Cramond. De ahí procedo yo —añadió—, y ahí es donde debiera volver mi hijo. Es un muchacho formal —dijo tu padre— y muy despierto, así que estoy seguro de que le irá bien y se ganará el aprecio de todos allí donde vaya.»

—¿La casa de Shaws? —exclamé—. ¿Qué tenía mi pobre padre que ver con la casa de Shaws?

—No es que yo lo sepa a ciencia cierta —dijo el señor Campbell—, pero el nombre de esa familia, Davie, mi muchacho, es el tuyo: los Balfour de Shaws; es una casa antigua, honrada y reputada, aunque por ventura un tanto venida a menos de un tiempo a esta parte. Tu padre,

además, era un hombre muy culto, como correspondía a su puesto; ni ha habido quien llevara mejor una escuela, ni él se expresaba como un maestro corriente; y, como recordarás, siempre tuve el gusto de invitarlo a la rectoría para que se relacionara con las personas distinguidas de aquí, y a los de mi propia casa, los Campbell de Kilrennet, los Campbell de Dunswire, los Campbell de Minch y otros, todos caballeros muy conocidos, les agradaba frecuentar su compañía. Y por último, para que dispongas de todo lo que atañe a este asunto, aquí tienes la carta testamentaria, firmada por nuestro difunto hermano.

Me dio la carta, que iba dirigida del siguiente modo: «Para entregar al señor Ebenezer Balfour, de Shaws, en su casa de Shaws, de manos de mi hijo, David Balfour». El corazón me latió muy deprisa por esa gran perspectiva que de pronto se abría ante mí, un muchacho de diecisiete años, hijo de un pobre maestro de escuela del Bosque de Ettrick.

—Señor Campbell —balbucí—, ¿iría usted si estuviera en mi lugar?

—Por supuesto que sí —contestó—, y sin tardanza. Un chico aguerrido como tú puede llegar andando a Cra-mond, que está cerca de Edimburgo, en dos días. Si ocurriera lo peor y tus importantes parientes (pues no me cabe duda de que sois de la misma sangre) te pusieran de patitas en la calle, pues te vuelves andando otros dos días y llamas a mi puerta. De todos modos, espero de corazón que seas bien recibido, como preveía tu pobre padre, y, ya puestos, que te llegues a convertir en un gran hombre. Y ahora, Davie, mi muchacho —continuó—, tengo el deber de conciencia de aleccionarte antes de que nos des-

pidamos para ponerte sobre aviso de los peligros del mundo.

Buscó un asiento cómodo, dio con una gran roca alisada de debajo de un abedul al borde del camino, se sentó en ella con la boca muy seria y estirada y, como el sol brillaba entre dos cumbres cayéndonos de lleno, se extendió el pañuelo de bolsillo encima del sombrero de tres picos para resguardarse. Allí y entonces, con un dedo levantado, me puso sobre aviso de un considerable número de herejías, las cuales no me tentaban en absoluto, y me urgió a que no me saltase nunca mis oraciones y lecturas de la Biblia. Después de eso, me describió la gran casa a la que iba a ir y me instruyó sobre cómo comportarme con sus habitantes:

—Muéstrate ingenioso, Davie, en las cosas irrelevantes. Ten siempre en cuenta que, aunque seas de buena cuna, te has criado en el campo. No nos dejes mal, Davie, no nos dejes mal. En aquella gran casa, con tantos sirvientes arriba y abajo, muéstrate tan agradable, tan circunspecto, tan ágil de ideas y tan sosegado de habla como el que más. En cuanto al hacendado, recuerda que eso es lo que es, el hacendado; yo no digo más: al que debáis honor, rendidle honor. Para los jóvenes es una satisfacción obedecer a un hacendado, o debiera serlo.

—Bueno, señor, puede que sí —dije—, y le prometo que intentaré que así sea.

—Muy bien dicho —contestó el señor Campbell efusivamente—. Y ahora pasemos a lo material, o, por hacer un juego de palabras, a lo inmaterial. Tengo aquí un pequeño paquete que contiene cuatro cosas. —Mientras hablaba, se lo sacó con bastante dificultad del bolsillo del

abrigo—. De las cuatro, la primera es lo que te corresponde legalmente: el poco dinero por los libros y enseres de tu padre, que he comprado, como expliqué desde el primer momento, con la intención de vendérselos al próximo maestro de escuela sacando algún beneficio. Las otras tres son unos regalos que a la señora Campbell y a mí nos gustaría que aceptaras. El primero, que es redondo, es probable que te agrade mucho en un primer momento, pero, ay, Davie, muchacho, no es más que una gota de agua en el mar; sólo te ayudará a dar un paso y se desvanecerá como la mañana. El segundo, que es liso y cuadrado y está escrito, te servirá toda la vida, como un buen bastón para el camino o una buena almohada para la cabeza en la enfermedad. En cuanto al último, que es cúbico, mi ferviente deseo es que te acompañe a un mundo mejor.

Dicho lo cual, se puso en pie, se quitó el sombrero y rezó un poco en voz alta y en términos conmovedores por un joven que se iba a conocer mundo, tras lo que de repente me cogió entre sus brazos y me abrazó muy fuerte, y luego, separándose de él conforme continuaba sujetándose, me miró con expresión muy apenada y rápidamente se dio media vuelta, se despidió y se marchó por donde habíamos venido a una especie de trote. A otro le podría haber dado risa, pero yo no tenía ningunas ganas de reír. Lo observé hasta que desapareció de mi vista, sin que en ningún momento él redujera el paso ni mirase atrás. Entonces me di cuenta de que todo eso era por la pena que le daba mi partida y me remordió mucho la conciencia, ya que, por mi parte, yo estaba encantado de marcharme de aquellas tranquilas tierras a una gran

casa concurrida, con gente rica y respetada de mi mismo nombre y sangre.

«Ay, Davie, Davie –pensé–, ¿habrase visto mayor ingratitud? ¿Tan pronto te olvidas de viejos favores y viejos amigos? Vergüenza debería darte...»

Y me senté en la roca que el buen hombre acababa de dejar y abrí el paquete para ver cuáles eran mis regalos. Lo que él había llamado cúbico era lo que yo me imaginaba: una pequeña Biblia para llevar en el pliegue de la banda¹. Lo que había llamado redondo resultó ser una moneda de un chelín; y lo tercero, que tanto me iba a ayudar en la salud y la enfermedad todos los días de mi vida, era un pedacito de basto papel amarillento en el que estaba escrito en tinta roja:

Para preparar agua de lirios del valle: se cogen las flores de los lirios del valle y se destilan en vino generoso, y se toman una o dos cucharadas según convenga. Devuelve el habla a quienes la han perdido; es buena para la gota; anima el corazón y fortalece la memoria; y si se meten las flores en un vaso bien cerrado y se deja en un hormiguero un mes y luego se saca, se obtiene un licor de flores que, conservado en un vial, es bueno se esté sano o enfermo y se sea hombre o mujer.

A lo que el clérigo había añadido de su puño y letra:

También sirve para dar friegas en caso de esguince, y si se tiene un cólico, se toma una cucharada grande cada hora.

1. La del traje típico escocés.

1. Parto de viaje a la casa de Shaws

De eso sí me reí, pero fue una risa bastante trémula tras la que me alegré de atar mi fardo al extremo del bastón y ponerme en marcha cruzando el vado y subiendo por la colina del otro lado; hasta que, cuando llegué al gran camino verde que recorría el brezal, miré por última vez a la iglesia de Essendean, a los árboles que rodeaban la casa del pastor y a los altos serbales del cementerio en que yacían mis padres.

2. Llego al final de mi viaje

A la mañana del segundo día, al alcanzar lo alto de una colina, vi que todos los campos de delante de mí descendían hacia el mar y que en medio de esa pendiente, sobre una alargada peña, la ciudad de Edimburgo echaba humo como un horno. Ondeaba una bandera en el castillo, y en el estuario había barcos en movimiento o anclados; ambas cosas, pese a estar muy lejos, las distinguí claramente, y ambas hicieron que tuviera mi rústico corazón en un puño.

Al poco, pasé por la casa de un pastor de ovejas, el cual me dio indicaciones muy generales sobre cómo llegar a Cramond; y así, preguntando a unos y otros, fui avanzando hacia el oeste de la capital por Colinton hasta que llegué al camino de Glasgow. Y allí, para mi gran satisfacción y sorpresa, vi un regimiento que marchaba al son de los pífanos marcando el paso; en un extremo iba un viejo general de rostro colorado que montaba un caballo ru-

cio, y en el otro la compañía de Granaderos con sus mitras¹. Fue como si todo el orgullo de vivir se me subiera a la cabeza al ver las casacas rojas y oír la alegre música.

Un poco más adelante me informaron de que ya estaba en la parroquia de Cramond, y entonces empecé a inquirir por la casa de Shaws. Eso parecía sorprender a quienes preguntaba. Al principio pensé que la sencillez de mi aspecto, con mis ropas de campo y todo el polvo del camino, no concordaba mucho con la grandeza del lugar al que me dirigía. Sin embargo, después de que dos, o tal vez tres, me miraran y contestasen del mismo modo, se me fue metiendo en la cabeza que debía de haber algo extraño en relación con la propia casa de Shaws.

Con el fin de descartar ese temor, formulé mi interpe-lación de otra manera, y, al divisar a un buen hombre que venía por el sendero montado en la vara de su carro, le pregunté si conocía una casa a la que llamaban la casa de Shaws.

Detuvo el carro y me miró como los otros.

—Sí —contestó—. ¿Por qué?

—¿Es una gran casa? —quise saber.

—Ya lo creo. Es una casa muy grande.

—Sí, pero ¿y la gente que vive en ella?

—¿Gente? —exclamó—. ¿Es que estás loco? Allí no hay gente... a la que se pueda llamar gente.

—¿Qué? ¿Y el señor Ebenezer?

—Bueno, sí, está el hacendado, por supuesto, si es a él a quien buscas. ¿Y para qué quieres ir allí, muchacho?

1. En el siglo XVIII los sombreros de granaderos se asemejaban a las mitras de obispo.

—Es que me dieron a entender que podría conseguir empleo en la casa —expliqué con el aire más humilde que pude.

—¿Qué? —bramó el carretero en tono tan agudo que hasta su caballo dio un respingo, tras lo que añadió—: Mira, muchacho, no es asunto mío, pero se te ve buen chico y bien hablado, así que hazme caso y no vayas a la casa de Shaws.

La siguiente persona con que me crucé era un hombrecillo muy atildado que llevaba una preciosa peluca blanca, y que identifiqué como un barbero que hacía su ronda de visitas a domicilio; y como sabía bien que los barberos eran grandes chismosos, le pregunté directamente qué clase de hombre era el señor Balfour de los Shaws.

—¡Ja, ja, ja! —se rio—. No es ninguna clase de hombre, ninguna en absoluto.

Entonces empezó a interrogarme con astucia para averiguar lo que quería yo, pero conseguí estar a su altura y se fue a casa del siguiente cliente sin haberme sonsacado nada.

No puedo describir bien el golpe que eso supuso para mis ilusiones. Cuanto más imprecisas eran las acusaciones, menos me gustaban, pues dejaban más campo abierto para las suposiciones. ¿Qué gran casa era ésa que todos los parroquianos daban un respingo y miraban sorprendidos cuando se les preguntaba cómo llegar a ella? ¿O qué caballero era ése que su mala fama estaba tan extendida por el camino? Sí con una caminata de una hora hubiese podido regresar a Essendean, habría puesto punto final a mi aventura en ese momento volviéndome con el señor Campbell, pero habiendo llegado ya tan lejos,

por pura vergüenza no estaba dispuesto a desistir hasta que comprobase las cosas por mí mismo. Por una simple cuestión de amor propio, estaba obligado a continuar, y pese a lo poco que me gustaba lo que oía y lo despacio que empecé a caminar, seguí inquiriendo cómo llegar y seguí avanzando.

Atardecía cuando me encontré con una mujer robusta, morena y de aire avinagrado que bajaba con dificultad por una colina y que, después de que le hiciera la pregunta de rigor, dio media vuelta bruscamente y me acompañó a la cima que acababa de dejar, desde donde señaló a una enorme mole de edificio muy desnudo en medio de un prado del siguiente valle. El terreno de los alrededores era bonito, lleno de bajas colinas con mucha agua y bosque, y las cosechas me parecieron espléndidas, pero la casa en sí daba la impresión de estar en ruinas; no había camino que condujera a ella ni salía humo de ninguna chimenea, como tampoco había nada que se asemejara a un jardín. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Eso? —exclamé.

A la mujer se le encendió el rostro de ira maligna.

—Ésa es la casa de Shaws —afirmó—. Con sangre se construyó, con sangre se detuvo su construcción y con sangre se vendrá abajo. ¡Mira! ¡Escupo en tierra y chasqueo los dedos! ¡Que muy negra sea su caída! Si ves al señor, dile todo esto; dile que ya son mil doscientas diecinueve las veces que Jennet Clouston los maldice a él y a su casa, establos y caballerizas, sirvientes, invitados, amo, señora, señorita o niño. ¡Negra, que muy negra sea su caída!

Y la mujer, que había elevado la voz hasta convertirse en una especie de sonsonete fantasmagórico, se giró de

un brinco y se marchó. Me quedé donde me dejó con los pelos de punta. En aquellos tiempos la gente todavía creía en las brujas y se echaba a temblar por una maldición; y ésta, con la que me había encontrado tan de repente, como un mal presagio que hubiera surgido en el camino para impedir que llevara a cabo mi propósito, me dejó sin fuerza en las piernas.

Me senté y contemplé la casa de Shaws. Cuanto más miraba, más me agradaba el paisaje, todo lleno de arbustos de espino en flor, los campos salpicados de ovejas, una imponente bandada de grajos en el cielo y todas las señales de ser buena tierra y buen clima; y, sin embargo, el enorme barracón de en medio despertaba mis peores miedos.

Pasaban campesinos que volvían de los campos mientras yo seguía sentado al lado de la cuneta, pero me faltaban ánimos para darles las buenas tardes. Finalmente el sol se puso y entonces, contra el cielo amarillo, vi que subía una voluta de humo que no me pareció que fuese más espesa que la de una vela; no obstante, ahí estaba, y eso significaba un fuego, calor, comida y algún habitante que lo habría encendido, lo cual me reconfortó.

Así pues, me puse en marcha cogiendo un pequeño sendero apenas visible entre la hierba que iba en esa dirección. Ciertamente era muy poco visible para ser el único camino que llevaba a un lugar habitado, pero no divisé ningún otro. Por él llegué al poco a unos montantes de piedra con una casa del guarda sin tejado al lado y un escudo de armas en lo alto. Estaba claro que iba a ser la entrada principal que nunca se terminó; en lugar de haber verjas de hierro forjado, habían atravesado un par

de vallas atadas con una cuerda; y como no había muros de un parque, ni señal alguna de avenida, el sendero por el que iba pasaba a mano derecha de las columnas y continuaba serpenteante hacia la casa.

Cuanto más me acercaba a ésta, más lóbrega me parecía. Era como el ala única de una casa que no se había llegado a completar. Lo que tendría que haber sido el extremo interior estaba abierto por los pisos superiores, y se veían recortados contra el cielo escalones y escaleras de mampostería incompletos. Muchas de las ventanas no tenían cristales y los murciélagos salían y entraban como las palomas en un palomar.

Ya caía la noche cuando estuve cerca, y por tres ventanas de la planta baja, que eran muy altas y estrechas y tenían barrotes, empezó a brillar trémulamente la luz de un pequeño fuego.

¿Éste era el palacio al que venía? ¿Dentro de esas paredes iba a encontrar nuevos amigos y a empezar una próspera vida? ¡Pero si en casa de mi padre en Essen-Waterside el fuego y las relucientes luces se veían a kilómetro y medio de distancia, y la puerta se abría en cuanto llamaba el primer mendigo!

Me acerqué con precaución y, prestando atención conforme lo hacía, oí ruido de platos y unos accesos de tos seca y nerviosa; sin embargo, no hablaba nadie ni ladraba perro alguno.

La gran puerta, hasta donde alcancé a ver con tan poca luz, era de madera maciza tachonada de clavos. Levanté la mano con el alma en vilo y, tras llamar una vez, esperé. La casa había quedado en silencio absoluto; pasó un minuto entero en el que nada se movió salvo los murcié-